

Fruto prohibido

Mauro Paladino



Capítulo 1



Sentado a la entrada de mi casa, disfrutando de esa cómoda silla mecedora, encendí uno de mis cigarros preferidos mientras entrecerraba los ojos por el humo. Un tenue rayo de sol iluminaba parte del porche. Con la primera exhalación levanté la mirada más allá del campo de algodón. Allí estaba ella, manejando su bonita bicicleta color rosa pálido a través de los extensos pastizales alrededor de la estancia. Era la pequeña Emily, mi hijastra, quien se había convertido en toda una mujercita desde que la rescatamos con mi esposa de aquel orfanato, hacía varios años atrás en una fría tarde de invierno. Mary nunca me hubiese perdonado si dejaba desamparada a esa niña desaliñada, llorando y tiritando a la salida de aquel tenebroso lugar. Debo reconocer que en un principio no me agradó la idea de llevarla a nuestro hogar para darle refugio, pero ahora no me arrepiento en lo absoluto.

A pesar de traerla con nosotros, casi inmediatamente se convirtió en pupila de un internado ubicado en Kansas City, así que muy pocas veces

he tenido la oportunidad de pasar rato con esa joven. Sólo podía verla cuando ella retornaba al hogar en los días festivos y durante las vacaciones. A pesar de todo, Emy logró terminar sus estudios secundarios antes que empezara este último receso de verano, volviendo al hogar para instalarse por tiempo indefinido. Pero las cosas ya no eran iguales y habían cambiado drásticamente un tiempo antes de su llegada.

Mis dos hijos de sangre, John y Amanda, ya no viven aquí. Han viajado hacia las grandes ciudades en busca de aventuras y posibilidades educativas en alguna universidad; y luego del fallecimiento de Mary por culpa del cáncer, dos meses atrás, el ambiente en la casa se había tornado lúgubre y solitario. Entonces, con 40 años de edad, siento que la única compañía que me queda es esa alegre damisela que ahora ha venido a llenar un vacío en mi vida.

Desde que empezaron las vacaciones hemos convivido durante aproximadamente dos semanas, lo cual nos ha dado la oportunidad para acercarnos mutuamente, así como también llegar a conocernos mejor. Iba ya consumiendo la mitad de mi Panter aroma a vainilla, mientras mis ojos seguían el paso apacible de mi hija a medida que se acercaba sosteniendo su bicicleta por el costado. De a ratos se detenía para recolectar flores por el camino, acercaba el pimpollo hasta su nariz, y luego daba un pequeño paso de baile para volver a llevar la bicicleta por el manubrio. ¡Qué encanto! ¡Qué niña más bonita! Esa tarde usaba un vestido corto con estampado floral, color azul pálido, y calzaba en sus pies una zapatillas deportivas color lila. Al contemplar a aquella chica tan risueña y femenina, fui atacado por el temor de que alguien pudiera engañarla o aprovecharse de ella sin su consentimiento. En los últimos días habíamos tenido una charla sobre sus experiencias y recuerdos en el internado. Hubo un momento en el que ella confesó sus andanzas junto a un compañero del cual se había presuntamente enamorado. Junto a él practicaron algunas relaciones sexuales, de las que ha dado ciertos detalles, pero no me ha quedado claro si había llegado a consumir el coito o no. Simplemente cambió de tema antes de terminar con el relato. También había tenido otro romance con un muchacho distinto, en uno de los *summer camps*; pero al igual que la vez anterior, no contó mucho más de lo ya sabido. Por momentos ella se mostraba tímida a estas cuestiones y, en otros, hablaba o actuaba con mucha soltura.

Me había perdido en éste y otros pensamientos, cuando de repente escuché su dulce voz retumbando en mis oídos:

—¡Despiértate, papá!

Me sacudí en mi silla mecedora y la miré directamente a sus ojos. Ella rara vez solía llamarme «papá» o *daddy*. Generalmente me llamaba por

mi nombre de pila o algún que otro apodo cariñoso.

—Hola, Emily. ¿Te estabas divirtiendo? —dije mientras rascaba mi profusa barba color marrón rojizo—. Yo casi me quedo dormido.

Me sonrió mientras acariciaba las trenzas que caían adorablemente sobre sus hombros bronceados.

—Creo que ya estás algo grande, Michael —dijo la pícara.

Dicho esto, se sentó sobre mis piernas con súbita ligereza, y me abrazó por detrás del cuello para besar mi mejilla izquierda con un beso estruendoso. La jovencita se había tornado angelical por unos instantes; sus ojos azules examinaban mi rostro mientras batía sus pestañas como alas de mariposa. Antes que pudiera reaccionar, su fino dedo índice comenzó a jugar con la punta de mi nariz; después frotó lentamente por la comisura de mis labios en un movimiento sugestivamente sensual. Yo permanecía estático, como piedra, con temor de que si moviese apenas un músculo, ella pudiese notar mi gran erección debajo de los pantalones. Estuve a punto de decirle un cumplido, pero Emily acercó velozmente su rostro y me susurró unas palabras al oído. Enseguida le dio un ataque de risa y se levantó de un salto. La tensión se apoderó de todo de mi ser. A pesar de no haber completado la frase, me había balbuceado con toda naturalidad, que sería buena idea entrar a la casa y jugar un rato con...

Mi corazón ya latía en todas partes de mi cuerpo al mismo tiempo cuando la observé meterse a la casa. La pequeña falda de su vestido se agitaba a cada paso que daba, dejando entrever una parte de su ropa interior. Nuevos pensamientos, pero de tipo erótico, asaltaron mi mente. Sin embargo, logré calmarme luego de algunos minutos, porque todavía en aquellos instantes procuraba no dejarme llevar por la libidinosa tentación. Dejando atrás el tibio reflejo del sol vespertino, decidí apagar mi cigarro para entrar al viejo hogar detrás de ella. La graciosa adolescente me espiaba por detrás del pequeño alambre que cubre la puerta de entrada mientras me sacaba la lengua. Colgué mi viejo sombrero texano sobre el perchero, y de pronto, en un par de saltos, Emily se adelantó a mi encuentro.

—Mike, me voy a bañar. ¿Podrías alcanzarme la toalla después?

—preguntó mientras retorció una de sus trenzas ansiosamente.

—Sí, cariño, no te preocupes.

Suspiré largamente, frotando el sudor de mi frente con el dorso de la mano. Francamente me alivió pensar que quizá ella había cambiado de idea y ya no tendría la intención de hacer travesuras con su padrastro. Igualmente la seguí como si un imán me acercara hacia ella sin poder

evitarlo. Al parecer, mi hijastra había dejado la puerta del baño entreabierta; sus risitas llegaron hasta mis oídos, música celestial, y entonces me asomé desde el umbral para espiar un poco. Mitad de su brazo sobresalía a través de la puerta corrediza de la ducha mientras tiraba la ropa interior por el suelo.

—Eres tan ordenada, querida... —dije con un tono sarcástico.

Emily se asomó inmediatamente con una expresión chistosa en su cara.

—Sí —exclamó—, ¡porque aprendí del rey de la limpieza, el que deja sus calzoncillos tirados al costado de la pileta!

¡Qué tunante! Pero debo darle la razón. Ahora recuerdo que la primera semana juntos, mientras ella recolectaba unos tomates de nuestra huerta, entré en su habitación para ordenar un poco y encontré casualmente un par de mis nuevos calzoncillos enredados entre sus sábanas. Y yo que creía haberlos perdido. Extraño, pero podía adivinar sus intenciones. Éstas se confirmaron un par de días después cuando la descubrí husmeando entre mi ropa, en el ropero de mi habitación: se había puesto una de mis camisas preferidas, la cual le quedaba muy holgada, y se frotaba el cuerpo y su rostro con las mangas. Esa vez tampoco quise intervenir y me alejé lentamente sin decir nada al respecto. Tal vez no me sentía con la autoridad necesaria para regañarla...

Pues bien, me propuse dejarla sola mientras comenzaba a bañarse. Ese encuentro picante en la ducha mantenía la sangre erizada a lo largo del tronco de mi pene. ¿Qué podía hacer? Quizá masturbarme para alejar a los demonios que me incitaban a acostarme con mi propia hijastra. Pero antes de dirigirme hacia la complicidad de mi cuarto para entregarme a una solitaria gratificación, me llegó el canto suave y melodioso de su voz, casi un arrullo, que penetró a través de mis canales auditivos y me poseyó por completo. Con una ligereza de felino me acerqué suavemente hasta el vano de la puerta. Mientras ella tarareaba su canción, me quedé por unos minutos contemplando su esbelta figura a través del acrílico empañado. Aún no lograba salir de mi asombro de cuán hermosa se había vuelto. Su cuerpo estaba bastante desarrollado: una silueta entallada y curvas bien marcadas. Finalmente, decidí entrar a hurtadillas, muy nervioso. La «curiosidad mató al gato» y estaba a punto de hacerlo conmigo también... Imposible de resistir un segundo más, comenzaba a deslizar mi gruesa erección a través de la bragueta cuando, de repente, Emy abrió la puerta corrediza.

—¿Me alcanzas la toalla, pa...? —contuvo su grito y me miró asombrada.

Su pelo largo, castaño, tan brillante y mojado, caía sobre su pecho desnudo ocultando los senos. Luego de algunos segundos incómodos que parecieron eternos, soltó una carcajada.

—Viejo pervertido, ¿qué haces? —gritó mientras me señalaba con el dedo índice— ¡Quiero mi toalla!

Rápidamente cerró la puerta y siguió mascullando alguna de sus canciones favoritas como si nada hubiese pasado. Me quedé perplejo y con el corazón palpitando a mil por hora. Suspiré hondamente y fui por su toalla. Cuando entré de nuevo al baño, la procaz jovencita ya cerraba la canilla de la ducha, y entonces me detuve por unos segundos a pocos pasos de su silueta difuminada, avergonzado y cabizbajo.

—¿Querida? —carraspeé— ¡Emily! Tengo tu toalla.

—Sí, acércate por favor.

Su tono ya no era el de una adolescente jocosa: se había transformado en una voz sensual y provocadora. Cuando comencé a abrir lentamente la puerta corrediza, la jovencita me ganó de mano y sacó medio cuerpo desde adentro de la ducha. Con el antebrazo izquierdo ocultaba ambos senos de mi mirada estupefacta. Me miró fijamente, boca entreabierta y esbozando una sonrisa traviesa. Estiré mi brazo para alcanzarle la toalla, y antes que ella pudiera sujetarla, se incorporó decididamente delante de mí, dejando ver su cuerpo desnudo y mojado. Su piel, ligeramente bronceada por el cálido sol de Junio, hacía resaltar un irresistible tono dorado sobre sus hombros, sus clavículas y la parte frontal del pecho. Sus piernas atléticas también habían adquirido un agradable color miel sobre los muslos. Conservando aún su mismo semblante pícaro en el rostro, Emily tiró su cabello húmedo hacia atrás meneando la cabeza de un lado a otro, y cientos de gotas minúsculas de agua salpicaron sobre los azulejos del baño, sobre el bidet, sobre mis pantalones... No podía creer lo que estaba sucediendo, pero me dejé llevar. Suspiré fuerte mientras apretaba la toalla entre mis manos; mi mirada siempre fija sobre Emy, con mis ojos viajando a través de cada curva y recoveco en su cuerpo de colegiala.

—Si tú quieres —dijo— puedes ayudarme a secarme la espalda.

La muy bribona me guiñó el ojo derecho y soltó sus típicas sonrisitas de complicidad.

—Por supuesto, preciosa —dije sonriendo tiernamente—. Es un placer.

Ambos estábamos dentro del mismo juego. Por mi parte, me sentía ajeno a todos los principios de la moral. El deseo natural e intuitivo que

tenemos todos los seres vivos había crecido completamente fuerte e indomable dentro de mí. Y ella, mi Emily, mi hijastra y compañera de pocos años y pocos ratos en mi vida, estaba dispuesta a saciar su ardiente curiosidad conmigo.

El mundo se había detenido por completo...

Luego de haber aceptado su impúdica propuesta, Emy salió de la bañera. Primero sacó una pierna para apoyar su pie derecho sobre el felpudo, después el otro, y finalmente irguió su esbelta figura con la gracia de una bailarina de *ballet*. Sólo sonreí, tratando de resistir mis impulsos animales. Al ver que yo no me movía, se dio la vuelta para estirar levemente sus glúteos hacia atrás, hacia mi persona, hacia mi deseo incontrolable.

—¿Así está bien, *honey*? —preguntó con una voz dulce y seductora que podría derretir un témpano en pocos segundos.

Con sus manos acarició el contorno de su figura, y luego llevó a ambas en un viaje a través de su estómago y hasta sus pechos, para quedarse con ellos y frotarlos en movimientos circulares. Sin decir una sola palabra, me acerqué con la intención de restregar la toalla lentamente a lo largo de su espina dorsal, deteniéndome en la parte baja de su espalda, justamente en esa curva que tan deseable hace al cuerpo de una mujer. Y mientras Emily reía de manera socarrona y jugaba con sus senos, acerqué mi rostro hacia su pelo húmedo y perfumado para hundir mi nariz aguileña entre sus mechones castaños. De pronto, irrumpió en mí el anhelo de sentir con mis labios el contacto contra su piel tersa y tostada. Al respirar sobre su nuca, los pelos de mi tupida barba hicieron cosquillas sobre su epidermis, y mi adorable compañera sonrió como una niña traviesa. Al cabo de pocos minutos que parecieron horas para mí, decidí tirar la toalla hacia un lado, y mis manos grandes y velludas acariciaron sus hombros suavemente. Me atreví a morder con delicadeza el lóbulo de su oreja derecha, en el preciso instante que la princesita hacía la declaración más importante de su vida.

—Quiero que me hagas el amor, Michael —susurró—. Estoy lista para ti.

La piel de mi cara y cuello se enrojeció repentinamente. Emily se volteó con suavidad y ambos nos miramos a los ojos por unos instantes, haciendo rogar a nuestros labios de fresa por frotarse unos a otros. Aunque no hubo nada de beso francés por el momento. Sus manos me rodearon por la cadera. Era el momento propicio para llevarla a mi habitación...

La tarde se volvió nacarada. Un vasto velo de nubes había cubierto el anterior cielo despejado y luminoso; y mi hijastra estaba a punto de convertirse en amante... Se veía algo ansiosa, pero decidida. Su corazón latió con fuerza contra mi pecho cuando la abracé por unos instantes al salir del baño; sus senos desnudos y mojados chocaron contra mi camisa vaquera de color azul; y a través de la tela rugosa del jean, sus pezones duros y puntiagudos se clavaron como alfileres contra mi piel. Emily, en una acción promovida por la ansiedad, deslizó una de sus manos para apretar mi gran bulto endurecido que sobresalía duro y aguerrido por debajo de la bragueta. A estas alturas de los acontecimientos, mi excitación había crecido a pasos agigantados dentro de mi cuerpo. La cargué entre mis brazos mientras mecía su cuerpo con un atisbo juguetón, apacible, inocente, de los tiempos en que jugaba con mi hija de sangre muchos años atrás, aunque las diferencias eran, desde luego, abismales entre una y otra. Emily no era consanguínea conmigo, y creo que ésa ha sido la piedra fundamental del deseo que expiraba con cada soplo de mi alma. Caminando a los tumbos entre la impaciencia y el esfuerzo físico, llevé a mi damisela a través de ese pasillo tamizado por haces de luz, el cual conducía a nuestro futuro nido de amor. Allí, en mi habitación, lo único que apareció ante la mirada de sus ojos color miel, fueron libros de todos los tamaños y colores: algunos acomodados en la biblioteca, otros apoyados al azar sobre un gran escritorio de madera yacente en el centro del habitáculo. Sobre la pared contigua al gran ventanal, lucían con orgullo algunos afiches y antiguos emblemas colgados que evocaban imágenes de un pasado remoto en el medio oeste norteamericano. Emily siempre encontró mi cuarto siendo demasiado abyecto. Ella ocupaba el antiguo lugar de descanso de Amanda, infantil y colorido, con paredes pintadas de un color rosa pálido, sobre las que la nueva integrante de la familia había añadido pósters de cantantes y artistas famosos de la actualidad.

Mientras tanto, luego de franquear el marco de la antigua puerta de madera, deposité a mi pequeña sobre la cama, con gran tacto y suavidad. Mis enormes manos velludas peinaron suavemente sus cabellos ondulados, mientras ella ronroneaba deliciosamente, disfrutando de las suaves caricias que le hacía su gentil padrastro. Al cabo de unos instantes, se incorporó sobre la cama, e instintivamente se sentó en mi regazo, rodeando mi cintura con sus largas piernas de bailarina. Me miró a los ojos de frente, en tanto que mis brazos envolvían a su cuerpo desnudo. Froté suavemente sobre su nuca por unos instantes, embobado, embelesado, mirándola a través de sus grandes luceros, penetrando en lo más profundo de su alma. «¿Qué piensas, cariño?», me dije para mis adentros. Sus pómulos finamente redondeados, su naricita respingada, los labios de rubí salpicados por la humedad de mis besos... ¡Era la rosa rozagante más bella de mi jardín! Con el tacto experimentado de un Botticelli, hice un dibujo de sus omóplatos con la yema de mis dedos

robustos, siguiendo, a continuación, el trazo ondulado de su espalda hasta el coxis. Nunca había palpado tan íntimamente una piel suave y sedosa como la de ella. Con cada momento de aproximación entre nuestros cuerpos, más me estremecía en un debate interno acerca de lo que estaba ocurriendo. Pero ella gozaba, me palpaba los hombros, y lanzaba una risita dorada y juvenil cuando mis dedos caminaron como pequeñas arañas de un lado a otro sobre su piel. Pasados algunos minutos de apetitoso placer, traje mis manos hacia la parte de adelante para concentrarme en sus gemelos redondeados y juveniles. Con un espíritu hambriento, cubrí casi en totalidad cada uno de ellos con mi boca de vampiro, mientras que Emily sólo se dejaba caer hacia atrás con la confianza de ser sostenida entre mis brazos, entregándose completamente al goce sexual. Me hubiera quedado la tarde y la noche enteras saboreando sus senos juveniles; pero, de pronto, su cuerpo dio un giro de 180 grados sobre mi ardiente regazo, quedando de espaldas a mí e invitándome a cubrirla con un abrazo de oso. Ese cuerpo húmedo, tibio, suave como una nube de algodón, se meneaba exquisitamente sobre mis piernas anchas y fuertes tratando de frotar el rabo contra mi ancho paquete. La diablita lamía sus labios con gran regocijo, palpitando el momento sublime para entregarse a su tutor. Fue cuando me incliné sobre su espalda y mis garras sudorosas se extendieron hacia abajo, tanteando a ciegas su grácil figura hasta que alcancé su parte íntima mientras respiraba con agitación. Emily abrió sus piernas impulsivamente para dar el espacio necesario a mis laboriosas manos, las cuales ya comenzaban a frotar la piel entre sus muslos. El área alrededor de su ingle emanaba mucho calor. La toqué, y su incipiente vello púbico pinchó contra la yema de mis dedos; estaba muy húmeda. Luego estimulé su clítoris, algo que causó un escalofrío general en su cuerpo. Me acerqué a su oído para decirle que se dejara llevar, que sería muy amable con ella, a lo que la jovencita replicó con una sonrisa traviesa. Nos quedamos algunos instantes en esta posición hasta que ella apartó mis manos de su zona íntima para llevarlas hasta su boca, en un gesto puramente libidinoso, chupando mis dedos con gran apetito como si fueran huesos de pollo.

La previa al gran acto se había extendido demasiado para mi gusto, pero al tratarse de una mágica ocasión que podría llegar a ser la única, no me importó en lo absoluto y la dejé seguir. Incluso la mismísima Emily decidió, sin que yo lo propusiera, acostarse boca arriba sobre el colchón con el cuerpo totalmente estirado. Me senté a su lado en el costado de la cama para observarla por unos instantes. Una Venus pintada, una hermosa y graciosa ninfa mitológica. Y la vivaracha joven ya comenzaba a tocarse de nuevo, mientras mantenía sus rodillas ligeramente flexionadas. Fue entonces cuando me hizo un gesto levantando sus cejas repetidamente, señalando con sus ojos hacia abajo, hacia su vulva rosácea. Inmediatamente capté aquel mensaje y la levanté desde sus caderas con ansias de chupar la seda rosada de su velo vaginal, con pequeños besos y caricias de mis labios carnosos. El pelo hirsuto de mi barba dio pinchazos sobre su delicada piel, lo que provocó una andanada

de risas y monerías en mi pequeña amante, quien comenzó a darme palmadas en la cabeza. Yo sabía que le estaba haciendo muchas cosquillas, de modo que seguí adelante aumentando gradualmente la intensidad, en especial cuando llegué a manipular su clítoris con la punta de mi lengua. En este punto culminante, Emy agarró las sábanas con furor y gimió con jadeos entrecortados. Finalmente, luego de algunos segundos, su vagina comenzó a segregar un jugo pegajoso muy claro. Emily, mi Emily crecida y desarrollada, había acabado por primera vez en la relación sexual.

Ya nada más importaba a estas alturas. Ambos estábamos ansiosos, codiciando nuestros cuerpos con fervor. Decidí desabotonar mi camisa mientras mis ojos se posaban fijamente en los suyos; pero de pronto me detuve. A continuación hablé de manera pausada.

—Oye, si tú quieres, podemos dejarlo aquí.

—Estoy lista. No me echaré atrás contigo.

Entonces di paso a quitarme toda la ropa ante su atenta mirada. Acomodé mi maciza desnudez por encima de su cuerpo, con mis brazos apoyados firmemente como columnas sobre el colchón, mientras ella envolvía instintivamente sus piernas alrededor de mi cintura. Nos miramos el uno al otro por unos instantes, absortos en una exploración visual de nuestras facciones. Cuando Emily anudó sus brazos alrededor de mi espalda, también acercó su bello rostro para besarme, y nuestras narices frotaron una con otra, y yo respiré sobre sus labios con un deseo incomparable. Me sentía muy excitado y ciertamente culpable. Ella era sólo una pícara adolescente tratando de satisfacer su líbido fuera de control; una pueril, pero exótica fantasía con un hombre mayor. Sin embargo, no cabían dudas de que estaba dispuesta a hacerlo conmigo. Dejando de lado estos sobresaltos, agarré mi pene erecto con la mano derecha y comencé a frotarlo entre los labios mojados que flanqueaban la entrada a su pequeño tesoro. De arriba hacia abajo, mientras pinchaba su botón con la punta dura de mi cetro, noté que contenía su aliento, y luego sus rasgos se crisparon a medida que yo empujaba mi miembro dentro de ella. La adorable jovencita no pudo evitar lloriquear un poco, entonces me detuve unos instantes para besarla en la boca, de manera suave, acariciando esos labios de fresa con los míos. Hice un segundo intento para impulsarme nuevamente, hasta que la mitad de mi pene logró introducirse dentro de su virgen cavidad por completo. Gruñí de placer al sentir que la piel de mi miembro se movía hacia atrás, frotando contra sus estrechas paredes vaginales. Asimismo, mi pequeña amante había adquirido un semblante alucinado, con sus ojos entreabiertos y girando en diversas direcciones. Estoy seguro que muchas deliciosas sensaciones recorrieron su cuerpo durante ese instante de primer contacto. Era evidente que la unión física, el hecho de estar dentro de ella y conectados corporalmente, nos hizo gozar de manera unánime. Es increíble, pero yo

me sentí como si lo hiciera por primera vez al igual que mi pimpollo adolescente.

Después de haber introducido completamente mi miembro dentro de su jugoso sendero vaginal, el placer extremo se apoderó de ambos. De modo que di comienzo a unos movimientos lentos y profundos con mi cadera, empujando de atrás hacia delante, entrando y excitando una y otra vez a lo largo de su órgano sexual. Sus jadeos mezclaban el placer con un pequeño atisbo de dolor. Llegando casi al final, sentí que su vagina se estrechaba cada vez más alrededor del tronco de mi pene, como atrapándolo con fuerza, preparada para succionar inmediatamente cualquier fluido que se disparase desde mi pistola de amor. Las caderas femeninas se movían con espasmos y sus piernas estaban cada vez más apretadas contra mis nalgas. Un par de manos lujuriosas desordenaron mi cabello en todas direcciones. Sus agudos gemidos se mezclaron con mis gruñidos, cuando finalmente, Emily clamó al cielo con desesperación, gesticulando una mueca de placentera agonía...

—¡Quiero que me acabes adentro! ¡Vamos, te deseo tanto, mi amor!

La frenética joven jadeaba con suspiros rápidos y un regodeo insuperable. Sostuve su cabeza con ambas manos como si fuera un melón, y así, empujé profundamente hasta que, por fin, en medio de un efervescente frenesí, pude descargar mi semen dentro de su aparato reproductor. Emily lanzó los últimos chillidos de placer, acabando al mismo tiempo mientras rasguñaba mi espalda.

El gran acto prohibido había sido plenamente consumado. Deleite, remordimiento, alivio, son las sensaciones que se cruzaron por mi mente cuando ambos descargamos ese gran anhelo contenido, esa fantasía hecha realidad, todo representado en un final feliz entre nuestros cuerpos calientes. Jadeando de cansancio, nos quedamos en esa posición abrazados, mutuamente conectados por nuestras partes íntimas. Ese lapso de algunos segundos duró como una eternidad en el paraíso... Parte de su cabello había quedado pegado en sudor a sus mejillas. La besé en la frente, y exclamé con aire satisfecho: «Te amo, Emily»

—Te amo, *daddy* —respondió dulcemente.

Su declaración, el tono de su voz, y sus ojos vidriosos y embelesados de ternura, hicieron estremecer mi corazón como nunca antes. Nos besamos con pasión, al fin, entrelazando nuestras lenguas en un beso francés. Sus manos sedosas acariciaron mi pecho velludo, y la mimosa se acurrucó junto a mí. Pasamos el resto de la tarde acostados, mirando nuestros rostros de soslayo e intercambiando sonrisas.

La niña que una vez dudé en darle una mano en su momento más difícil, se había convertido ahora en una hermosa mujercita, la cual

terminó disfrutando de su primera vez con aquel hombre al que ella admiraba en secreto. Tal vez sólo sea una fantasía pasajera, quién sabe; pero tengo el presentimiento de que este mágico momento perdurará por siempre en nuestros corazones...

FIN.